



Apuntes del Evangelio

Luis Javier Palacio, S.J.

El juicio adelantado

Mateo 25:31-46, lunes, marzo 6 de 2017

Después de muchos sufrimientos, el pueblo de Israel llega a la imagen de Yahvéh como el que hace justicia. Sin embargo, ni los jueces ni los reyes fueron tan justos en su momento. **Los profetas no fueron escuchados y pagaron con su vida recordar el proyecto de Yahvéh.** Así surge un doble concepto de justicia: Mispat y Sedaqa. Mispat era la justicia que hoy llamaríamos conmutativa (quien la hace la paga) y Sedaqá la que con la justicia hace misericordia y recupera el infractor, una justicia que no la hace sino el justo. En el desarrollo posterior la justicia-misericordia no será posible sino en un futuro, cuando venga el día de Yahvéh. En los evangelios se tiene un enfoque diferente. **En Juan el juicio es ahora y lo hace cada quien frente a Jesús;** es decir, me condeno yo mismo cuando lo rechazo y condeno a los demás a convivir conmigo. Otra imagen del juicio es la que nos presenta el evangelio de hoy que ha sido llamado “juicio universal”, “juicio de las naciones”, “juicio de los pueblos”, “juicio final” y en el que los criterios de juicio son conocidos desde ahora para que nadie se llame a engaño. Es un juicio indirecto pues realmente no es Dios, ni el Hijo del Hombre, ni los ángeles que con él vengan, ni el rey de la parábola los que juzgan. Son los mismos “más pequeños” del final. En el relato de la vocación de Pablo a los gentiles, en el camino de Damasco, lo que se le revela es que no estaba persiguiendo a los hombres sino al Señor. En el evangelio de Mateo se generaliza esta experiencia fundamental cristiana cuando se dice, como criterio último que lo que se hizo a los “más pequeños” *«a mí me lo hicisteis»*. No se trata meramente una forma piadosa de motivar moralmente, sino que es una síntesis de la encarnación, del Dios que se revela en Jesús. Nos dice que **Dios es de tal manera humano que se hace accesible en las necesidades y el sufrimiento humano incluso aunque yo mismo no lo sepa;** que Dios obra de tal manera que no interviene para cambiar la acción del hombre sino que se somete a las consecuencias de esa acción haciendo que el dolor de Cristo sea el dolor del mundo; igualmente es dolor del Padre porque *«tanto amó Dios al mundo (cosmos), que le dio su unigénito Hijo» (Jn 3:16)*. El Resucitado lleva las marcas de la pasión como las ha de llevar el bautizado; las aumentamos en Cristo cuando las aumentamos en los demás¹.

Adelantar el juicio del justo (Sadaqá), pues el justo Jesús al morir en la cruz ya ha juzgado al mundo, nos corrige la visión humana del proceder de Dios. Pensaríamos que el juicio de Dios, para ser justo, tiene que declarar inocente al que ya lo es, y pecador al que ya lo es. Pero adelantado a este vida es hacer justo al pecador, es decir “justificarlo” no en el sentido de disculparlo sino de “hacerlo justo”, es decir, de convertirlo para que obre la justicia. Pablo no fue arruinado por ser perseguidor de los creyentes sino vuelto defensor de ellos hasta dar la vida. Pedro no fue castigado por su triple negación sino invitado a la triple reiteración del amor. Tuvieron un juicio salvador. Muchas veces a lo largo de la vida tenemos que repetir este juicio por cuanto que en el proceso de conversión que dura toda la vida, siempre nos hallaremos “justos y pecadores” al mismo tiempo; justos por lo que Dios ha hecho en nosotros y pecadores por lo que aún nos falta. La comunidad de los discípulos en

¹ En una alusión poética se dice que lo único hecho por el hombre que perdura en el cielo son las heridas que los hombres causaron a Jesús. Tales heridas no lo mueven a venganza sino a compasión.

Mateo no es un grupo de elegidos que estén permanentemente seguros, sino una mezcla (como trigo y cizaña, peces buenos e impuros) que tendrá que enfrentar la suerte final de sus actos; pero una suerte que puede conocer desde ahora. En los “más pequeños” Jesús hace presencia de incógnito. El Mesías no se esperaba encontrar entre los hambrientos, los desnudos, los enfermos, los prisioneros, los forasteros, pero será con arreglo a estos como los poderosos, los causantes de la miseria son juzgados y pueden evitar el suplicio eterno. [Un adagio de los rabinos decía que si los ricos ayudan a los pobres en esta vida, los pobres ayudarán a los ricos en la vida eterna](#); es decir, que en manos de los pobres estaba la salvación de los ricos. Algunos comentaristas afirman que la intención de Mateo era hacer de la comunidad cristiana el grupo de “los más pequeños”. Pudo perfectamente ser su intención pero tal grupo es sustituto o representante corporativo de un grupo mayor a escala universal, precisamente como lo es Jesús.

A nivel popular nos han presentado el juicio final como una balanza para pesar en un platillo las obras buenas y en el otro las malas, de forma que, si el haber pesara más que el debe (como en los libros de contabilidad), nos salvaríamos, y en el caso contrario nos condenaríamos. Si fuera así, seguramente la gran mayoría la pasaría mal. Pero como dice el salmo: *«No nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas» (Sal 103:10)*. No se trata del balance final de un negocio o de una inversión. Dios se ha olvidado de todo lo que pesa en nuestras básculas; del “debe” en cuentas espirituales porque Cristo lo ha llenado. Nos toca corresponde a este amor gratuito de Dios que me salva de mis cuentas y mi egoísmo. No me queda sino responder a ese amor. Pero no puedo hacerlo amando a Dios como tan magníficamente lo recuerda la carta de Juan: *«Si de esta manera nos amó Dios, también nosotros debemos amarnos unos a otros»*, es decir, que [no hay forma diferente a amar a los demás para amar a Dios](#). El amor para los griegos se dirigía a lo alto; el amor para los cristianos mira siempre hacia abajo como lo hizo Dios en Jesús. El juicio nos dice que el hombre no es juzgado por la aplicación de un código exterior a él del que pueda alegar desconocimiento (como lo hacen los egoístas del segundo grupo que no ven beneficio en hacer el bien) sino por su humanidad o inhumanidad, por su relación con la plenitud del ser humano; con cuan humanos hayamos sido en relación con los demás. Cuando se afirma que Jesús es el Hombre, se dice que Cristo es la verdad del hombre, la humanidad auténtica, el que se da a sentir detrás de todo rostro humano. [En casi todas las religiones encontramos a Dios en lo sublime, en lo alto, en la representación de fuerza y de poder, pero en el cristianismo nos toca encontrarlo especialmente en los más débiles](#), en el necesitado, como en la parábola del buen Samaritano. El sentido del pobre en el evangelio va más allá de una predilección ética o humanista: verifica la autenticidad de nuestro seguimiento de Cristo. Así, Jesús modifica o completa la idea judía del juicio. Los escritos de los rabinos hablaban que el juicio final se refería a las dos medidas que Yahvéh usaba para gobernar el mundo: una, la medida de la misericordia y otra, la de la justicia. Al final —decían los rabinos— la misericordia desaparece, la compasión queda lejana y la benevolencia se esfuma. Sólo quedará la pura justicia. Pero Cristo busca que la misericordia no desaparezca nunca, ni la que él hace ni la que nosotros podemos hacer mientras vivamos. Si lo entendemos como el juicio de las naciones, ciertamente es un juicio que estamos perdiendo; será por eso que andamos en “suplicio eterno”.